

NUEVAS EXPECTATIVAS ECLESIALES: ¿ES EL PAPA FRANCISCO EL NUEVO JUAN XXIII?

Prof.: Santiago Madrigal, SJ

Aula de estudios sobre la religión
XXX Curso de Teología
04 de marzo de 2014

Cuando proyectaba este curso, junto con José Luis Ruiz Capillas, hacía muy poco tiempo que había empezado a echar andar el pontificado de Jorge Mario Bergoglio, el Papa Francisco, pero ya se perfilaba un nuevo estilo que hacía barruntar otras novedades en el modo de ejercicio del primado papal, así como nuevas expectativas en la Iglesia y en la sociedad. El estilo del Papa argentino elegido el 13 de marzo de 2013 ha desatado oleadas de ilusión, una comparación con la figura del beato Juan XXIII, y también algunas incomprensiones. Por otro lado, ha facilitado una aproximación de la Iglesia católica con la opinión pública de los más diversos credos. Sus palabras sobre la guerra en Siria o sobre la catástrofe humanitaria en Lampedusa no dejaron indiferentes a nadie. Entre sus decisiones de política interna más importantes se cuenta la creación de un consejo de expertos para reorganizar la curia romana. ¿Cómo valorar el efecto Francisco? Cuando ya se va a cumplir un año de su elección podemos reflexionar con más razón sobre esas nuevas expectativas eclesiales y sobre las encrucijadas de un nuevo pontificado.

1. Preliminares: ¿cómo valorar el «efecto» Francisco?

Antes que nada quisiera comenzar haciendo un breve comentario y presentación de este ciclo de conferencias al hilo del título genérico de este curso: “desafíos a la Iglesia del Papa Francisco”. En primer lugar hay que caer en la cuenta de la polaridad que expresa esa cláusula de manera intencionada: por un lado, se trata de aquellas cuestiones con las que se tiene que confrontar objetivamente quien se sienta en la sede de Pedro: el problema de la colegialidad y la reforma de la curia, el problema de la inculturación de la fe, el lugar del laicado y de la mujer en la Iglesia, el problema de los nuevos ateísmos, el avance en el ecumenismo, el diálogo interreligioso, la promoción de la justicia en el mundo. De estas cuestiones concretas se ocuparán las próximas ponencias que irán desgranando el título de este curso¹.

¹ Siguen en vigor los análisis de H. TINCQ, *Desafíos para el papa del tercer milenio. La herencia de Juan Pablo II*, Santander 1998. El capítulo II de la exhortación apostólica del Papa Francisco *Evangelii gaudium. La alegría del Evangelio*, está dedicado a esos desafíos que el mundo plantea a la Iglesia.

Por otro lado, la locución “desafíos a la Iglesia del Papa Francisco” puede entenderse de esta otra manera: cuáles son las principales interpelaciones que el Papa Francisco dirige a la Iglesia en sus condiciones actuales, interpelaciones que nos dirige a todos nosotros como cristianos, en nuestra condición de laicos, sacerdotes o religiosos. Repasemos antes que nada algunos datos, gestos y proclamas que diseñan el nuevo estilo y el efecto Francisco.

Es el primer Papa latinoamericano, “venido del fin del mundo”, según sus primeras palabras; es el primer Papa jesuita, el primer pontífice que procede de una orden religiosa después del camaldulense Gregorio XVI, elegido el 1831, es decir, hace 182 años. Si se revisan los artículos periodísticos correspondientes a los primeros cien días de su pontificado, se constata ya que es un papa “diferente”. No se ha presentado como un intelectual, profesor y gobernante de alto nivel, sino que utiliza deliberadamente métodos y discursos sencillos de una eficacia arrolladora y, sobre todo, muchos gestos. Este modo de presentarse él mismo, está dando paso a un modo de entender la Iglesia: nada más ser elegido sale al balcón y se inclina para pedir la oración de los fieles; en la primera Semana Santa aprovecha la liturgia del Jueves Santo para lavar y besar los pies de unos jóvenes reclusos y de una muchacha musulmana; el papa jesuita ha preferido seguir viviendo en una residencia en lugar de instalarse en un palacio demasiado grande y suntuoso, que le convertiría en un solitario; Francisco come en el comedor común de la Casa de Santa Marta y no ha usado el coche blindado tradicional del Vaticano, matrícula SCV1. En una palabra: han bastado unos gestos para modificar protocolos consolidados durante decenios.

Este Papa envía, cada día, en un lenguaje de *twitter* mensajes muy fuertes, cuyo impacto viene a resquebrajar el subsuelo de rutinas eclesíásticas centenarias, generando clara inquietud en algunos sectores. “El actual sistema económico nos está llevando a la tragedia. Los ídolos del dinero quieren robarnos la dignidad. Los sistemas injustos quieren robarnos la esperanza”. “Jamás he sido de derechas”. “La corrupción es como una droga”. “Es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia”. “Cuando Dios mira a una persona homosexual, ¿aprueba su existencia con afecto o la rechaza o la condena?”. “No podemos seguir insistiendo solo en cuestiones referentes al aborto, al matrimonio homosexual o al uso de anticonceptivos”. “El confesionario no es una sala de tortura, sino aquel lugar de misericordia en el que el Señor nos empuja a hacer lo mejor que podamos”. “En los lugares donde se toman las decisiones importantes es necesario el genio femenino”. Ahora bien, su ideal de una «Iglesia pobre» y de una Iglesia «desmundanizada», de una Iglesia de cristianos comprometidos y dispuestos a salir a las “periferias, no ha nacido de la improvisación, sino del Evangelio.

Aunque de entrada haya distinguido entre esas dos formas de abordar el tema de los desafíos a la Iglesia del Papa Francisco, reconozco que son dos aspectos difíciles de deslindar; no obstante, en esta conferencia me voy a mover fundamentalmente en este segundo nivel al hilo de la pregunta inscrita en el subtítulo: ¿es Francisco el nuevo Juan XXIII? En este sentido, intentaré ir un poco más allá del impacto mediático que viene causando alguien que ha sido declarado «personaje del año» en 2013 por algunas publicaciones de mucho renombre.

2. Más allá del impacto mediático: ¿el nuevo Juan XXIII?

Cuando se ha querido interpretar su personalidad y su estilo se le ha emparentado con el Beato Juan XXIII, cuya canonización está muy próxima. Es una impresión salida de los labios del nonagenario secretario de Juan XXIII, Monseñor Loris Capovilla, que algunas publicaciones recientes han divulgado en algunos libros sobre el nuevo Papa.

Por mi parte, ante estas valoraciones seguramente bien fundadas prefiero tomar una cierta distancia aplicando una de las reglas para sentir con la Iglesia de S. Ignacio de Loyola. Aquella que invita a no dejarse llevar a la ligera por esa forma de hablar proclive a equiparar a gentes del presente con santos del pasado: “Debemos guardar en hacer comparación de los que somos vivos a los bienaventurados pasados; que no poco se yerra en esto, a saber, en decir: Este sabe más que S. Agustín, es otro o más que S. Francisco, es otro S. Pablo en bondad, santidad, etc.” (*Ejercicios espirituales*, 364). Como si nuestra historia reciente no pudiera producir sus propios santos, con su propia singularidad, con su propia idiosincrasia. Enseguida señalaré los aspectos que ciertamente hermanan al Papa Francisco y al Papa bueno. Pero, a mi modo de ver, el sentido de la regla ignaciana encuentra dos aplicaciones y advertencias.

La primera tiene que ver con una apresurada valoración que pone entre paréntesis el tiempo eclesial que media “entre dos primaveras”, la de Juan XXIII y la de Francisco, de modo que al colocar el Vaticano II entre esas dos primaveras se desdeña el momento intermedio (Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI). En otras palabras: se percibe a veces en la prensa, incluso religiosa, un pasar por alto y de largo y por encima de lo que ha ocurrido en este entretiem po de la mano de otras figuras excepcionales, eso sí, en su propio estilo. He leído con extrañeza y profunda tristeza afirmaciones de este tenor: con sus gestos el Papa Francisco “da sus primeros pasos para tomarse en serio el casi arrumbado Concilio Vaticano II en su concepción de la colegialidad”. Otros han alabado su proximidad y amistad con el judaísmo, como si no se hubiera hecho nada en este sentido antes y después de la declaración *Nostra aetate*. O, de repente, pareciera que se va a reabrir el ecumenismo después de un largo

período de letargo. El fenómeno ya se produjo respecto del predecesor de Juan XXIII, Pío XII, que, tras la celebración del Vaticano II, pasó a ser interpretado como el papa de la tradición, el papa del conservadurismo a ultranza, el último papa de la época constantiniana, el último papa-rey, cuya herencia había que destruir, sin hacer justicia a la herencia de su rico magisterio. En el cristianismo el tiempo es muy importante; cada época tiene su espesor específico bajo la guía del Espíritu; otra cosa es banalizar la historia. La historia reciente de la Iglesia católica se inaugura el Concilio Vaticano II, puesto en marcha por Juan XXIII y llevado a puerto por Pablo VI.

Con un mínimo sentido histórico hay que hacer una segunda advertencia a la hora de establecer una comparación entre la figura de Juan XXIII y la del Papa Francisco: han cambiado mucho las circunstancias desde los años sesenta del siglo pasado. Para decirlo con un viejo refrán que se lee en el Quijote: “En nidos de hogaño no hay pájaros de antaño”. Además, el pontificado del Papa Bueno es un pontificado ya cerrado, mientras que el de Francisco acaba de comenzar. Merece la pena recordar el famoso discurso del cardenal Suenens sobre Juan XXIII pronunciado durante el Vaticano II. Desde ahí podemos establecer un paralelismo entre estos dos hombres, en cierto sentido son dos almas gemelas.

3. Algo hay de almas gemelas: un modo de ser pastor

El 28 de octubre de 1963 el Concilio quiso organizar una sesión solemne de homenaje a aquel que había sido su iniciador, fallecido unos meses antes, exactamente el 3 de junio. A tal fin, el cardenal secretario de Estado Cicognani escribió una carta al cardenal Suenens en nombre de Pablo VI para pedirle que pronunciara un discurso de homenaje a la memoria de Juan XXIII, “el Papa de la paz y el Papa del Concilio”². Aquel discurso se resume en un pasaje evangélico: “Hubo un hombre enviado por Dios: su nombre era Juan, que vino a dar testimonio de la luz” (Jn 1,6).

El primer rasgo de aquel hombre de nombre Juan —recalcaba Suenens—, era la unidad viva en la que en él se articulaban naturaleza y gracia: respiraba la fe como respiraba la salud física y moral: a pleno pulmón. Esa perfecta alianza entre naturaleza y gracia explicaba y sostenía otra unidad sorprendente, la que se dio entre su vida y su enseñanza. Por eso, vale para él lo que S. Juan dice del Señor: “su vida era luz”. La bondad espontánea y directa del Papa se parecía a un rayo de sol que disipa la niebla, que funde el hielo, que se infiltra sin notarlo, un rayo de sol que crea optimismo a su paso, alegra por su carácter imprevisto, se ríe de todos los obstáculos. Pero Juan XXIII, seguía observando Suenens,

² L. J. SUENENS, *Recuerdos y esperanzas*, EDICEP, Valencia, 2000, 123-124.

apareció ante el mundo no como la luz cegadora de los trópicos, sino como el humilde sol familiar de todos los días. No era tan ingenuo como para pensar que la bondad lo podía solucionar todo; ahora bien, sabía que era la llave que abría los corazones al diálogo, a la comprensión y al respeto.

Otro rasgo sobresaliente de su personalidad era la humildad, como se destila de aquella presentación que hizo de sí mismo antes sus nuevos diocesanos del patriarcado de Venecia: “Como todo hombre que vive aquí en la tierra, provengo de una familia y de un lugar determinado. Gracias a Dios, gozo de una buena salud física y poseo un poco de sentido común, que me permite ver las cosas con rapidez y claridad. Completamente dispuesto a amar a los hombres, me atengo a la ley del Evangelio, mostrándome respetuoso con mi derecho y con el de los otros, lo que me impide hacer mal a nadie y me anima a hacer el bien a todos. Procedo de la humildad. He sido educado en una estrecha y bendita pobreza, poco exigente, pero que garantiza el pleno desarrollo de las virtudes más notables y elevadas, y prepara para las grandes subidas de la vida. La Providencia me sacó de mi pueblo natal y me hizo recorrer los caminos del mundo por Oriente y Occidente. Ella misma me ha hecho entablar relaciones con hombres diferentes por la religión y las ideologías. Ella me ha hecho afrontar problemas sociales agudos y amenazadores, frente a los cuales he conservado la calma y el equilibrio del juicio y de la imaginación, para apreciar bien las cosas, preocupado siempre, en el respeto de los principios del Credo católico y de la moral, no por lo que separa y provoca conflictos, sino por lo que une”³.

Aquel hombre “vino a dar testimonio de la luz”; ahí está su obra y legado, que es una triple gracia al hilo del Concilio Vaticano II: una gracia para los miembros de la Iglesia católica, una gracia para todos los cristianos, una gracia para todos los hombres de buena voluntad.

Hay toda una serie de rasgos del nuevo Papa que evocan un mismo corazón de buen pastor: 1) la sencillez: es el Papa de los zapatos negros; 2) el afecto: muestra un vendaval de cariño ante los niños, los pobres y los enfermos; 3) la humildad; 4) la fortaleza con la que fustiga el “carrerismo” y la hipocresía; 5) la libertad de espíritu frente a las críticas; 6) la oración; 7) la profundidad de un intelectual que omite deliberadamente los razonamientos complicados; 8) el sentido misionero, o la evangelización como la razón de ser de la Iglesia; 9) la coherencia, o el enseñar con el ejemplo.

El nombre que ha escogido, el del santo de Asís, aglutina estas virtudes humanas y cristianas: heroico en la pobreza, obediente a la jerarquía, con veneración al papado, defensor de la doctrina de la Iglesia. Pero es también un nombre que encierra un programa, porque Francisco es el santo de la paz, la ecología, el respeto por la tierra y por la pobreza. Nuestro mundo necesita alguien que predique con el ejemplo y muestre a una sociedad descreída que el

poder es servicio. Quizás, cuando el pontificado del antiguo cardenal y arzobispo de Buenos Aires esté ya cerrado, pueda alguien escribir y pronunciar un discurso semejante al de Suenens y establecer que aquel Papa, que ocupó la sede de Pedro vivió como el *poverello* de Dios e hizo buena la opción del nombre, Francisco. De hecho, sí que podemos decir que el tránsito del obispo Jorge Mario Bergoglio al Papa Francisco no ha cambiado para nada la identidad del nuevo Obispo de Roma. Ciertamente, a Roncalli y a Bergoglio les hermana una serie de características que son también las claves de su éxito.

4. «Busquemos ser una Iglesia que encuentra caminos nuevos»

Dicho lo cual quisiera esbozar lo que he denominado los desafíos del Papa Francisco a la Iglesia: desde su propia idiosincrasia, cuáles son las grandes interpelaciones que Bergoglio nos dirige desde su propio estilo, a sabiendas de que sigue diciendo lo mismo, si bien con otra música. Para ello voy a recorrer dos estaciones que nos sirven de punto de referencia. Por un lado, la entrevista que concedió al P. Antonio Spadaro, el director de la *Civiltà Cattolica*, y la exhortación apostólica, *Evangelii gaudium*. Son dos documentos de muy distinta naturaleza, que sirven de forma complementaria a nuestros objetivos. El primero, por su tono autobiográfico; el segundo, por su conexión con la celebración de la XIII asamblea ordinaria del Sínodo de los Obispos, que tuvo por tema de estudio: la nueva evangelización para la transmisión de la fe. He dejado al margen intencionadamente la primera encíclica de Francisco, *Lumen fidei*, del 29 de junio de 2013, que levanta acta de la continuidad con el magisterio del Papa emérito.

El valor de la misericordia: *Miserando atque eligendo*

El papa Francisco concedió una larga entrevista de más de seis horas en tres sesiones el 19, el 23 y el 29 de agosto de 2013, después de regresar de su viaje a Brasil para participar en la Jornada Mundial de la Juventud⁴. A la pregunta, ¿quién es Jorge Mario Bergoglio?, el Santo Padre responde en unos términos que han escandalizado a algunos: “Soy un pecador en quien el Señor ha puesto los ojos”; “Soy alguien que ha sido mirado por el Señor. Mi lema, ‘*Miserando atque eligendo*’, es algo que, en mi caso, he sentido siempre mi fuerte” (251). El lema está tomado de las homilias de Beda el Venerable que escribe al comentar la vocación de Mateo: “Jesús vio un publicano y, mirándolo con amor

⁴ Razón y Fe 268 (2013) 249-276.

y eligiéndolo, le dijo: Sígueme”. Con ese gusto por recrear el lenguaje, el Papa traduce el intraducible gerundio latino con el gerundio *misericiando*. Un hombre tocado por la *miserecordia* de Dios. Un elemento decisivo en la misma aceptación tras su elección como Pontífice. Es una constante en sus palabras; de ahí su alabanza del libro sobre la misericordia de W. Kasper.

La virtud de la magnanimidad, como presupuesto del discernimiento

La razón para haberse hecho jesuita reposa sobre estas tres cosas: su carácter misionero, la comunidad, la disciplina. Ahondando en los aspectos de la espiritualidad de la Compañía de Jesús que más le van a ayudar a desempeñar este servicio a la Iglesia universal, menciona “el discernimiento”. Es curiosa su explicación, que remite a un dicho de un anónimo jesuita del siglo XVII, estudiado por H. Rahner (*Die Grabschrift des Loyola: Stimmen der Zeit* 139 [1947] 321-337), que describiría la visión de S. Ignacio y dice así: *Non coerceri maximo, sed contineri minimo divinum est*. Lo divino es aquello que sin ser constreñido por lo más grande, se encierra sin embargo en lo más pequeño. El Papa dice haber reflexionado sobre el sentido de la frase por lo que respecta al ser superior, por lo que corresponde al gobierno, y lo traduce así: “no tener límite para lo grande, pero concentrarse en lo pequeño” (253). Se trata de la virtud de la *magnanimidad*, que glosa en estos términos: “Es hacer las cosas pequeñas de cada día, con el corazón grande y abierto a Dios y a los otros. Es dar su valor a las cosas pequeñas en el marco de los grandes horizontes, los del reino de Dios”. Esta postura sería la postura correcta para el ejercicio del discernimiento, esto es, “para sentir las cosas de Dios desde su punto de vista”. Esta fue —prosigue Bergoglio— la actitud de gobierno que adoptó Juan XXIII, cuya máxima habría sido: “*omnia videre, multa disimulare, pauca corrigere*, es decir, viendo *omnia*, dimensión máxima, prefería actuar sobre *pauca*, dimensión mínima”. Este discernimiento requiere tiempo, depende del sentir de las gentes, sobre todo de los pobres, de la lectura de los signos de los tiempos; hay que saber esperar, y no confundir los medios oportunos con lo que parece grande y fuerte.

Un modelo de vida: Pedro Fabro, SJ (1506-1546)

Este jesuita de origen saboyano es el que viene a los labios del Papa Bergoglio cuando se le pregunta por las grandes figuras de la Compañía de Jesús. Es uno de los primeros compañeros de S. Ignacio en París; con él y con Francisco Javier compartió el fundador de la orden mesa y bolsa. El Papa describe a su jesuita preferido con unos rasgos que quizás son los que él ha interiorizado y exteriorizado: “El diálogo con todos, aun con los más lejanos y con los adversarios; su piedad sencilla, cierta probable ingenuidad, su disponibilidad inmediata, su atento discernimiento interior, el ser un hombre

de grandes y fuertes decisiones que hacía compatible con ser dulce” (256-257). Fabro, al igual que Ignacio de Loyola era un místico, no un asceta⁵.

Lecciones aprendidas sobre el gobierno: la necesidad de consultar

En un breve repaso del modo en que ha ejercido el gobierno, el Papa Francisco repasaba su historia y, más aún, hacía examen de conciencia. Siendo provincial de los jesuitas, a sus 36 años, reconoce su principal error: una forma autoritaria y rápida de tomar decisiones, que le llevó a ser acusado de ultraconservador. Es consciente de haber hecho un recorrido, una pedagogía del gobierno. Como arzobispo de Buenos Aires convocaba una reunión cada quince días con los seis obispos auxiliares y varias veces al año con el Consejo presbiteral. Aunque algunos le decían: “no consulte demasiado y decida”, el Papa Francisco se muestra convencido de que consultar es muy importante. Él quiere consultas reales y no formales. En este sentido cita varias instancias de esta consulta: los consistorios y los sínodos, y más en concreto, “la consulta a los ocho cardenales”, que puso en marcha con vistas a la reforma de la curia, una iniciativa que había sido propuesta en las Congregaciones generales antes del cónclave.

Sentir con la Iglesia: santidad cotidiana del pueblo de Dios

Dos son las nociones que el Papa Francisco emplea para explicar qué significa el “sentir con la Iglesia” del que habla S. Ignacio en sus *Ejercicios espirituales*. Por un lado, la noción de “pueblo santo, fiel a Dios”, una imagen que usa a menudo y que combina con la afirmación de la infalibilidad del conjunto de los fieles en el creer, es decir, el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo que camina, según *Lumen gentium*, 12 (258-259). El Papa valora el sentido teológico de la pertenencia a un pueblo en la historia de la salvación, “la Iglesia es el pueblo de Dios en camino a través de la historia, con gozos y dolores”. Por consiguiente, sentir con la Iglesia quiere decir “estar en este pueblo”, que manifiesta su infalibilidad al creer. Y matiza: “no hay que pensar que la comprensión del ‘sentir con la Iglesia’ tenga que ver únicamente con sentir con su parte jerárquica”. Así identifica la experiencia de la “santa madre Iglesia jerárquica”, según la expresión de S. Ignacio, es decir, “la Iglesia como pueblo de Dios, pastores y pueblo juntos. La Iglesia es la totalidad del pueblo de Dios” (259).

Con ello conecta la nota de la santidad que emerge de esta visión de Iglesia, en la forma de la santidad cotidiana del pueblo de Dios: “Veo la

⁵ Sobre P. Fabro, puede verse: S. MADRIGAL, *Eclesialidad, reforma y misión. El legado teológico de Ignacio de Loyola, Pedro Fabro y Francisco de Javier*, Madrid 2008, 143-170.

santidad en el pueblo de Dios paciente: una mujer que cría a sus hijos, un hombre que trabaja para llevar a casa el pan, los enfermos, los sacerdotes ancianos tantas veces heridos pero siempre con su sonrisa porque han servido al Señor, las religiosas que tanto trabajan y que viven una santidad escondida. Esta es, para mí, la santidad común” (...) “Esta era la santidad de mis padres: de mi padre, de mi madre, de mi abuela Rosa, que me ha hecho tanto bien” (259-260).

Reforma de las actitudes: una Iglesia samaritana y de puertas abiertas desde la frescura y el perfume del Evangelio

“Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla” (261). Esta imagen sirve de marco a este interrogante: ¿qué necesita la Iglesia de hoy con mayor urgencia? “Una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles” (261). En vez de dejarse envolver en pequeños preceptos, lo más importante es el anuncio primero: “¡Jesucristo te ha salvado!”. De ahí deriva que los ministros de la Iglesia han de ser, antes que nada, “ministros de la misericordia”, “porque Dios es más grande que el pecado”; como el buen samaritano, han de lavar, limpiar y consolar al prójimo. De este tipo de pastores necesita el pueblo de Dios. Por eso, el Papa insiste en este punto: “La primera reforma debe ser la de las actitudes”, “las reformas organizativas y estructurales son secundarias, vienen después” (262). Francisco ha dado muestras de cuánto abomina esos aires enrarecidos que emanan de ciertos clérigos obsesionados por el poder.

Esta dimensión de una Iglesia de puertas abiertas no se agota en el acoger y recibir, sino que “busquemos más bien ser una Iglesia que encuentra caminos nuevos, capaz de salir de sí misma yendo hacia el que no la frecuenta, hacia el que se marchó de ella, hacia el indiferente”. Ello exige anunciar el Evangelio de la buena noticia ante todo tipo de herida (divorciados vueltos a casar, parejas homosexuales, otras situaciones de “heridos sociales”). Sin menoscabo de las enseñanzas dogmáticas o morales, el anuncio misionero se concentra en lo esencial, en lo que hizo arder el corazón a los discípulos de Emaús, en la propuesta sencilla que exhala la frescura y el perfume del Evangelio (264).

Primado, dicasterios romanos, sinodalidad

El Papa Francisco se expresaba impresionado de ver las denuncias de falta de ortodoxia que llegan a los dicasterios romanos. Su opinión es que son las conferencias episcopales las que deben estudiar los casos sobre el terreno. Son, por lo demás, útiles en el gobierno de la Iglesia y en su caminar. Viniendo a la cuestión de la sinodalidad, afirma: “Quizás es tiempo de cambiar la

metodología del sínodo” (265). Mirando al ecumenismo y a las Iglesias ortodoxas, ellos pueden enseñarnos mucho sobre el sentido de la colegialidad episcopal y sobre la tradición de la sinodalidad. El Papa espera mucho de este esfuerzo de reflexión común sobre la Iglesia de los primeros siglos antes de la ruptura de Oriente y Occidente, que se ha plasmado en el documento de Rávena sobre el primado (2007). En relación con esta problemática del gobierno, el Papa recuerda un punto específico: “Afrontamos hoy este desafío: reflexionar sobre el puesto específico de la mujer incluso allí donde se ejercita la autoridad en los varios ámbitos de la Iglesia” (266).

Al hilo del lema ignaciano “buscar y encontrar a Dios en todas las cosas”, recuperamos algunas reflexiones que sintetizan el espíritu de la encíclica *Lumen fidei*, que aquí hemos dejado fuera de nuestra consideración: “Este buscar y encontrar a Dios en todas las cosas deja siempre un margen a la incertidumbre. (...) La actitud correcta es la agustiniana: buscar a Dios para hallarlo, y hallarlo para buscarle siempre. Y frecuentemente se busca a tientas, como leemos en la Biblia. (...) Hay que embarcarse en la aventura de la búsqueda del encuentro y del dejarse buscar y encontrar por Dios (...) Porque Dios está primero, está siempre primero, Dios *primerea*. (...). Por mi parte, tengo una certeza dogmática: Dios está en la vida de toda persona. Y aun cuando la vida de una persona haya sido un desastre, aunque los vicios, la droga o cualquier cosa la tengan destruida, Dios está en su vida. Se puede y se debe buscar a Dios en toda vida humana. Es necesario fiarse de Dios” (269).

5. «La alegría del Evangelio»

Los defensores de la colegialidad episcopal durante el Concilio Vaticano II recibieron con regocijo el anuncio de la institución de un Sínodo de los Obispos, que tuvo lugar el 14 de septiembre de 1965. Esta institución lleva, por consiguiente, cincuenta años de funcionamiento. Por ella, en su triple modalidad de ordinaria, extraordinaria y especial, han ido pasando todos los grandes temas que el Concilio había abordado. Los que afectan a las formas de la vocación cristiana, las que tienen que ver con la catequesis, con la revelación, con la familia; también los temas de la pobreza y de la evangelización, que nos retrotraen al año 1974, como prolongación de *Gaudium et spes* y del decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad gentes*.

En otra ocasión he descrito en este mismo foro el proceso que avanza desde la toma de postura de la Iglesia ante el mundo del Concilio Vaticano II, pasa por la exhortación apostólica de Pablo VI *Evangelii nuntiandi* (1975) y por la encíclica sobre la misión, *Redemptoris missio*, de Juan Pablo II (1990), para desembocar en el último Sínodo de los Obispos, la XIII Asamblea ordinaria de los obispos, dedicada la tema de “la nueva evangelización para la transmisión

de la fe”⁶. La nueva evangelización es un fruto del Concilio Vaticano II (R. Fisichella). A Bergoglio esta temática de la evangelización le viene como anillo al dedo, en su condición de papa-pastor, de modo que *Evangelii gaudium* encierra un carácter programático: “En esta exhortación apostólica quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría (del Evangelio), e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años” (EG 1).

El capitulario de la exhortación, fechada el 24 de noviembre de 2013, viene introducido por unas reflexiones preliminares sobre “la alegría del Evangelio”. Podemos extraer tres ideas fundamentales. La primera: el origen de esa alegría no es otro que el encuentro con Jesucristo, el centro del Evangelio; y cita la encíclica *Deus caritas est* de Benedicto XVI (DCE 8): se comienza a ser cristiano por el encuentro con esa Persona en la que se manifiesta el amor de Dios. Desde ahí somos capaces de superar nuestro ensimismamiento egoísta, “nuestra autorreferencialidad”, y Dios nos abre a los otros (EG 8). La segunda: la vida se acrecienta dándola, y en ello consiste la tarea evangelizadora; de la “alegría del Evangelio” brota esa “alegría de evangelizar” de la que había hablado Pablo VI en *Evangelii nuntiandi* (n. 80, citado en EG 10). No es una tarea heroica, sino que en la obra de evangelización el primado es siempre de Dios. Jesús, como escribió Pablo VI, “es el primero y el más grande evangelizador”, escribió Pablo VI (*Evangelii nuntiandi*, 7; citado en EG 12). Él es el que produce la novedad, de modo que toda auténtica acción evangelizadora es siempre nueva (EG 11). La tercera: la nueva evangelización se realiza en tres ámbitos: en el ámbito de la pastoral ordinaria; en el ámbito de los bautizados que ya no viven las exigencias del bautismo; en el ámbito de quienes no conocen a Jesucristo o lo han rechazado (EG 14). Estas observaciones guardan profunda relación con la encíclica *Redemptoris missio* de Juan Pablo II. Francisco hace suya esta idea: la actividad misionera es el principal desafío para la Iglesia (EG 15).

No podemos examinar todo el capitulario y las cuestiones particulares que trata el documento. Para nuestro interés, a la búsqueda de los desafíos que está planteando el Papa Francisco, podemos replotar estas dos líneas de trabajo que orientan hacia una nueva etapa evangelizadora: a) una reforma de la Iglesia en salida misionera (capítulo I: “La transformación misionera de la Iglesia”); b) una Iglesia entendida como la totalidad del pueblo de Dios que evangeliza (capítulo III: “El anuncio del Evangelio”).

El primer capítulo está dedicado a la transformación misionera de la Iglesia. “Una Iglesia en salida misionera” conforme al mandato misionero de

⁶ S. MADRIGAL, *La Iglesia y la transmisión de la fe en el horizonte de la nueva evangelización*: Estudios Eclesiásticos 87 (2012) 255-289.

Jesús (Mt 28, 19-20). La Iglesia es una comunión misionera: “La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la carne humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Los evangelizadores tienen así «olor a oveja» y éstas escuchan su voz” (EG 24).

La exhortación avanza reclamando una “pastoral de conversión”. Para ello echa mano de ese deseo profundo de conversión eclesial con vistas a realizar mejor su misión reproduciendo las palabras del decreto sobre el ecumenismo: “Toda renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación (...) Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad” (UR 6; cf. EG 26). Y esto vale para las estructuras eclesiales implicadas en la tarea evangelizadora (la parroquia, las comunidades de base, los movimientos, cada Iglesia particular, sujeto primario de la evangelización). Las Iglesias diocesanas deben poner a punto los mecanismos de participación previstos por el Código de Derecho Canónico y otras formas de diálogo pastoral. Ahora bien, esta conversión afecta también y de manera eminente al papado. Y escribe el Papa Francisco:

“Dado que estoy llamado a vivir lo que pido a los demás, también debo pensar en una conversión del papado. Me corresponde, como Obispo de Roma, estar abierto a las sugerencias que se orienten a un ejercicio de mi ministerio que lo vuelva más fiel al sentido que Jesucristo quiso darle y a las necesidades actuales de la evangelización. El papa Juan Pablo II pidió que se le ayudara a encontrar «una forma de ejercicio del primado que, sin renunciar a lo esencial de su misión, se abra a una situación nueva». Hemos avanzado poco en ese sentido. También el papado y las estructuras centrales de la Iglesia universal necesitan escuchar la llamada de una conversión pastoral” (EG 32).

Al Papa Bergoglio le asiste una idea de lo que significa el cargo que ha asumido y la está poniendo en práctica con vistas a la transformación misionera de la Iglesia. Francisco ya ha dado algunas indicaciones acerca de eso que llama “conversión pastoral del papado”: desde su deseo de renovación de la curia con ese grupo de 8 cardenales hasta la entrega en la forma de una encuesta de una serie de cuestiones sobre el tema del próximo Sínodo extraordinario de los obispos, con el objetivo de pulsar el *sensus fidelium*. Lo primero representa un claro impulso hacia la colegialidad efectiva en el nivel más alto del gobierno de la Iglesia y con vistas a la reforma de la curia. Lo segundo denota una comprensión de Iglesia en la clave de pueblo de Dios, como verdadero sujeto de la misión evangelizadora. A esta problemática está dedicado el capítulo tercero de la exhortación que viene a poner de relieve que “todos somos discípulos misioneros”. Ambos aspectos de esta visión de la Iglesia estaban ya anunciados en la entrevista concedida a *La Civiltà Cattolica*. Ahí señalaba que el modo de gobierno quiere ser el del discernimiento y de la consulta. Así entiende el

sentido de los consistorios y de los sínodos. Respecto a la noción de Iglesia que más le gusta, remite al número 12 de *Lumen gentium*, y desde ahí se refiere a la noción de un pueblo de Dios unido a sus pastores, explicando la infalibilidad del pueblo de Dios en el marco de la noción de Iglesia jerárquica.

En la exhortación apostólica ha hecho algunas observaciones como de pasada pero que son de gran calado: “Tampoco creo que deba esperarse del magisterio papal una palabra definitiva sobre todas las cuestiones que afectan a la Iglesia y al mundo”. Y añade: “No es conveniente que el Papa reemplace a los episcopados locales en el discernimiento de todas las problemáticas que se plantean en sus territorios. En este sentido, percibo la necesidad de avanzar en una saludable «descentralización» (EG 16). En su análisis avanza esta valoración: “El Concilio Vaticano II expresó que, de modo análogo a las antiguas Iglesias patriarcales, las Conferencias episcopales pueden «desarrollar una obra múltiple y fecunda, a fin de que el afecto colegial tenga una aplicación concreta». Pero este deseo no se realizó plenamente, por cuanto todavía no se ha explicitado un estatuto de las Conferencias episcopales que las conciba como sujetos de atribuciones concretas, incluyendo también alguna autoridad doctrinal”. De nuevo vuelve a llamar al problema por su nombre: “Una excesiva centralización, más que ayudar, complica la vida de la Iglesia y su dinámica misionera” (EG 32).

Volviendo al hilo de la exhortación hay que subrayar tres principios que completan esta visión de la Iglesia pretendida por el Papa: por un lado, es necesario que su anuncio misionero brote del corazón del Evangelio, “de la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado” (EG 36). En este sentido, echa mano del principio de la “jerarquía de verdades” del Concilio Vaticano II. Por otro, una Iglesia “en salida” es una Iglesia con las puertas abiertas (EG 46). Finalmente, el lugar privilegiado de los pobres en el pueblo de Dios: “De nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad” (EG 186). La preferencia divina hace que para la Iglesia la opción por los pobres sea una categoría teológica antes que cultural, social o política: “Quiero una Iglesia pobre y para los pobres” (EG 198).

6. Conclusión: nuevo liderazgo para un cambio de rumbo

¿Es el Papa Francisco el nuevo Juan XXIII? El papa Jorge Mario Bergoglio tiene sus propias señas de identidad y ha sido elegido para presidir la Iglesia en una coyuntura histórica distinta. La Iglesia católica-romana, que comprende a día de hoy más de mil doscientos millones de seguidores y una amplia irradiación en el ámbito político, social y cultural en este mundo globalizado,

necesitaba una reacción rápida y profunda para frenar un largo proceso de inercia y de decadencia, plasmado en una serie de escándalos económicos y de abusos sexuales que la afectaban internamente, tal y como ha quedado reflejado de forma muy gráfica en el llamado *Vatileaks*. Éste fue un factor decisivo en la histórica decisión y renuncia del Papa Benedicto XVI, que se sintió sin fuerzas antes esos desafíos. Éste fue sin duda un factor decisivo en la elección de un hombre que “venía del fin del mundo”, que ofrecía mensajes y actitudes distintos a los que se venían formulando, un cardenal que había sobresalido en la reunión del CELAM celebrada en Aparecida (2007), y que ya en el cónclave anterior —promovido por el cardenal Martini, según se dice— había renunciado a la posibilidad de ser elegido.

Quienes promovieron y auparon su candidatura en el cónclave del año pasado percibieron que era necesario un cambio de rumbo y un cambio en el ejercicio del liderazgo que removiera las entrañas de una Iglesia anquilosada, fuertemente clericalizada y burocratizada, excesivamente tediosa por sus negativas y espíritu condenatorio; por otro lado, la elección de los cardenales expresaba una opción geopolítica o sociopolítica, en cuanto que hay un desplazamiento desde el centro de Europa hacia los países emergentes del sur; su procedencia del llamado tercer mundo, que le ha hecho tocar con sus propias manos los males y el dolor de los pueblos humillados, llevaba aparejada la denuncia de las fuertes desigualdades sociales, que roban la esperanza a los pobres y están poniendo en grave riesgo la misma sostenibilidad del sistema en su conjunto.

¿Es el Papa Francisco el nuevo Juan XXIII? Tras este recorrido, más allá de las cualidades humanas y espirituales que adornan a uno y a otro, encontramos importantes puntos que afectan al estilo de gobierno: 1) Francisco ha emparentado la importancia que da al discernimiento con el modo de gobierno que ha realizado Juan XXIII. 2) La idea de reforma y de conversión está inspirada en la distinción que Juan XXIII hizo en la alocución inaugural del Concilio Vaticano II, *Gaudet mater Ecclesia*, según la cual, una cosa es el depósito de la doctrina y otra la manera de formularlo; de ahí deriva un magisterio eminentemente pastoral. 3) Finalmente, hay un punto de intersección en la manera que tiene el Papa Francisco de entender el significado del Concilio puesto en marcha se da una gran sintonía: “El Vaticano II supuso una relectura del Evangelio a la luz de la cultura contemporánea. Produjo un movimiento de renovación que viene sencillamente del mismo Evangelio” (267). Esta es una clave de interpretación del Vaticano II en la lógica de *Gaudium et spes*, la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy, que Juan XXIII no llegó a conocer. “La predicación acomodada de la palabra revelada debe ser — dice GS 44— la ley de toda evangelización”.

El concilio Vaticano II ha sido el concilio de los Papas Juan y Pablo. Si Juan XXIII lo puso en marcha, fue Pablo VI quien llevó la nave a buen puerto; sobre él cayó el peso de la empresa conciliar y puso las bases para una nueva imagen de la Iglesia en diálogo con el mundo, en especial con la encíclica *Ecclesiam suam*, y con su esfuerzo para que saliera adelante la constitución pastoral *Gaudium et spes*. Pablo VI abogó por una Iglesia samaritana y de abierta al mundo desde el ejercicio de la caridad pastoral. Aquí hay gran sintonía de Bergoglio con el Papa Montini. En este sentido Francisco es también el nuevo Pablo VI. De hecho, Francesca Ambroguetti, periodista y autora de *Conversaciones con Jorge Mario Bergoglio*, sugiere que tiene el corazón de Juan XXIII y la mente de Pablo VI. En cualquier caso la convicción de Francisco respecto del Vaticano II es muy nítida: “La dinámica de lectura del Evangelio actualizada para hoy, propia del Concilio, es absolutamente irreversible” (267).

Por otro lado hay que subrayar un aspecto decisivo: un nuevo modo de liderazgo. Este estilo personal de liderazgo a la hora de ejercer el primado del sucesor de Pedro está entretejido de fuertes convicciones: la misericordia de Dios, el discernimiento y la disposición para la conversión y la reforma. Con estas armas quiere gobernar Francisco a una Iglesia que entiende eminentemente como el pueblo santo de Dios, como madre y pastora y samaritana en la hora de un nuevo impulso misionero que afecta a todos los bautizados, una apertura al mundo que se apoya sobre la afirmación de las Iglesias locales y de sus obispos, del ejercicio de la colegialidad y de la sinodalidad orientado por la descentralización. Para ello, este Papa de las dos “p”, pobreza y política, cuenta con cristianos comprometidos y revolucionarios.

El pontificado del Papa Francisco está dando los primeros pasos. ¿Supone este nuevo estilo un cambio de rumbo? Todavía no hay suficiente distancia para enjuiciar los aspectos y las decisiones más puntuales. Ahora bien, a diferencia de lo que el *lobby* mediático viene enfatizando de forma unánime, no es la reforma de la curia lo prioritario para el Papa Francisco. La reforma que se vislumbra cambiará las estructuras, pero el gran desafío consiste en cambiar los corazones. Esta es la batalla que Francisco quiere ganar: que todos reavivemos en nosotros la alegría de la conversión y de la misericordia de Dios. El recorrido ya realizado resulta alentador. En el ejercicio del ministerio petrino ha introyectado ya las características de su estilo de liderazgo. La historia del primado papal sigue abierta. Lo dice bellamente la constitución *Lumen gentium*: “Mientras no haya nuevos cielos y una nueva tierra en los que habite la justicia (cf. 2 Pe 3, 13), la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa” (LG VII, 48). Estas palabras valen perfectamente para el papado, esa estructura eclesial que A. Toynbee designó como «la institución más famosa de todo el Occidente».